LEOPOLDO ZEA

¿ANACRONISMO O VIGENCIA DEL NACIONALISMO LATINOAMERICANO?*

El nacionalismo en Latinoamérica surge como respuesta a la expansión de los Estados Unidos sobre las Antillas y Centro América, al terminar el siglo XIX y al iniciarse el XX. Son los Estados Unidos de que hablan ya los teóricos del nuevo imperio: A.T. Mahan, Albert Beveridge y Henry Cabot Lodge. Los Estados Unidos que reclaman un puesto en el reparto del mundo que se han repartido ya las potencias de la Europa Occidental. Los Estados Unidos que se lanzan a ocupar el "vacío de poder" que van dejando potencias ya anacrónicas como España. William McKinley y Teodoro Roosevelt son los adelantados del nuevo imperio, un imperio que derrumba los sueños de los grupos sociales que en Latinoamérica luchaban por hacer de sus pueblos naciones semejantes al gran modelo que se alzaba al norte de esta América. Esos grupos, lejos de encontrar apoyo en la nación que les servía de modelo para realizarse, se encuentran al cambiar el siglo como parte del mundo que ha de ser repartido. Lo que se plantea es un simple cambio de hegemonía. Sus pueblos son botín puro y simple en la disputa a que se han entregado viejos poderes con los que tratan de desplazarlos. Desplazar a Europa del Caribe, Centroamérica y resto del Continente, para hacer reales los sueños de la política establecida por el presidente Monroe, es ya la línea a seguir en la poderosa nación al norte de la América. Resistir a la misma, pugnando por hacer de la América Latina un conjunto de naciones libres y soberanas, independientes de esta o aquella hegemonía, va a ser la respuesta al amago estadounidense. Sin embargo, setenta años más tarde se presentarán situaciones que hacen del nacionalismo que surgiera como respuesta al amago imperialista, una actitud ya anacrónica referida a los intereses que la expansión de los Estados Unidos en Latinoamérica ha originado entre los mismos grupos sociales que le enfrentaron. Es esta situación la que planteó una serie de preguntas acerca del anacronismo o vigencia del nacionalismo en Latinoamérica.

El nacionalismo en Latinoamérica, decíamos, tiene como punto de partida una acción defensiva, que se considera necesaria para detener el poderoso impacto del expansionismo estadounidense sobre esta América, y posteriormente sobre el resto del mundo, poniendo de lado viejas hegemonías y enfrentándose a las que van surgiendo al disputársele la propia: el militarismo germano en 1914, el totalitarismo hitleriano y el militarismo nipón en 1939, y al término de la Segunda Gran Guerra, al comunismo ruso seguido del comunismo chino. En todos estos conflictos la América Latina será objeto de fuertes presiones para someterla a la nueva hegemonía e impedir que se establezcan otras. La respuesta a estas presiones será el nacionalismo que no es, en forma alguna, oposición al sistema representado por los Estados Unidos. Todo lo contrario, la preocupación central de los nacionalistas será la de participar en este sistema de otra forma que no sea la puramente instrumental. En este sentido hablarán destacados líderes del nacionalismo latinoamericano.

La Europa occidental, pero en especial los Estados Unidos, eran los modelos conforme a los cuales varios grupos sociales latinoamericanos querían modelar el futuro de los pueblos una vez rotas las cadenas con el viejo imperialismo ibérico. Posición contraria a la sostenida por los grupos conservadores que pretendían mantener un orden semejante al colonial, pero sin depender ya de los intereses de las desplazadas metrópolis españolas y portuguesas. El liberalismo latinoamericano pugnaba por hacer propias instituciones que hiciesen por sus pueblos lo que las mismas habían hecho por los europeos y norteamericanos. En los esfuerzos por implantar los nuevos modelos de organización social, política y cultural tropezaron con los grupos conservadores que trataban de mantener el viejo orden, y con él, los intereses que éste representaba entre los que se consideraban sus herederos. El resultado fue la tremenda guerra civil que abarcó la totalidad de la América de origen ibero. Lucha entre los llamados representantes del pasado y los que se llamaban del progreso. Una guerra intestina cuyos resultados se hicieron claros a partir de la segunda mitad del pasado siglo XIX, al imponerse los partidarios del progreso.

¿En qué consiste este progreso? Ya lo anticipamos, en hacer de los pueblos latinoamericanos naciones semejantes a las que habían formado europeos y estadounidenses en uno y otro continente. Un progreso expresado en el ideal de una nación liberal –de acuerdo con las instituciones políticas propias de la Democracia Americana de que hablaría con tanto entusiasmo el francés Alexis de Tocqueville–, y en la industrialización que hiciese de las riquezas de estos pueblos la base de la prosperidad de los individuos que los formaban, elevando niveles de vida y haciendo posible el confort material. Libertad y bienestar material para los individuos que formaban las nuevas naciones, es la consigna del liberalismo triunfante en Latinoamérica. En la medida que avanza el siglo XIX parece que se realizan los sueños de los emancipadores mentales de la América Latina, los Sarmiento, Mora, Bilbao, Montalvo, Luz y Caballero y otros muchos más.

Una posibilidad que es bruscamente frenada por la presencia de los Estados Unidos, primero en el Caribe y Centro América, y posteriormente sobre el resto de Latinoamérica. Serán los Estados Unidos los primeros en enfrentarse a la realización de un sueño del cual, paradógicamente, eran ellos el modelo. El rudo despertar de este sueño se expresará en el pensamiento de la generación latinoamericana a la que pertenece José Enrique Rodó. Este escribe y publica su *Ariel,* en forma casi simbólica, en el cambio de siglo, en el paso del XIX al XX que es, también, el inicio del relevo imperial por el que los Estados Unidos van tomando el lugar que dejan, por un lado, un viejo imperialismo como el español, y por el otro, el imperialismo impuesto por las naciones de la Europa

* Conferencia pronunciada en el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Texas (Austin) el 2 de diciembre de 1971.

occidental que ha abarcado la totalidad del mundo, incluyendo grandes regiones de Latinoamérica.

Revisar el pasado para asimilarlo; reajustar un orden social que sigue siendo semejante al dejado por la colonia; equilibrar los intereses de los diversos grupos sociales que forman las nuevas naciones latinoamericanas va a ser el meollo del nacionalismo que surge en Latinoamérica como respuesta al imperialismo que inicia su expansión. Un nacionalismo cuya bandera y dirección toman los grupos sociales que, en esta América, se encuentran más interesados en su realización. Grupos medios, clase media, de la que ha de surgir la soñada burguesía de que ya hablaba Justo Sierra. Estos grupos harían por Latinoamérica algo semejante a lo que grupos equivalentes habían hecho por las naciones que tenían ahora el control mundial. Lo importante era no cometer ya los errores de los grupos medios que, en pasado inmediato, habían culminado en oligarquías cerradas al servicio de intereses no nacionales. Había que realizar reformas de base, a partir de las cuales fuese realmente posible la información de una sociedad cuyo desarrollo no dependiese de intereses extraños. Elevar, por ejemplo, los niveles de vida de los grupos sociales más desamparados, implicaba crear mercados para los productos de la industrialización de Latinoamérica, sin los cuales una industrialización, auténticamente independiente, sería imposible.

Para cumplir sus proyectos, el nacionalismo latinoamericano tendría que enfrentarse, por un lado, a la oligarquía latifundista que no aceptaba, entre otras cosas, la transformación de la tenencia de la tierra, de la que se derivaba la miseria de grandes núcleos sociales; de estos núcleos dependía, precisamente, el paso del colonialismo al industrialismo. Por el otro lado, tendría que enfrentarse a los intereses del imperialismo occidental cuyos representantes, incluyendo los de las oligarquías que estos intereses habían formado, se oponían a cambios que los lesionaran. Este nacionalismo no se oponía, por supuesto, a la presencia de intereses extranjeros, siempre y cuando los mismos, en lugar de lesionar los nacionales colaborasen en su desarrollo. Reconoce la importancia de inversiones extranjeras en la economía de sus naciones en los aspectos en que la nación careciese de elementos para realizarlos. Esto permitía, entre otras cosas, la aparición de industrias que de otra forma no habrían sido posibles. Esto es, aceptarán la presencia de inversionistas y también de la nación que les permitía invertir. El neonacionalismo se negaba a repetir los errores cometidos por el liberalismo nacionalista del pasado siglo XIX. El nuevo nacionalismo, el neoliberalismo como gustaban lo llamasen sus exponentes, se nutrió precisamente de los representantes de una clase media que las oligarquías del siglo XIX habían desplazado. Fueron estos grupos sociales, al quedar fuera del sistema de beneficios creados por las oligarquías en Latinoamérica, como el porfiriato en México, las que encabezaron las revoluciones nacionalistas que se hicieron sentir a lo largo de la América Latina a partir de los inicios del siglo XX. Estas hicieron de sus agravios –a los que agregaron los agravios de grupos que los venían sufriendo desde la Colonia– bandera y programa, exigiendo un cambio de sistemas. Fue en las fábricas y en las minas, en manos de propietarios extranjeros, donde surgieron los primeros descontentos. Un descontento que se extendió a los explotados trabajadores del campo que vivían bajo un régimen que en nada se diferenciaba del creado por la colonia. Será la clase media desplazada por las oligarquías al servicio de intereses ya extraños, la que dé los abogados y los líderes de una revolución nacionalista en lo interno y antiimperialista en lo externo. La revolución tenía que enfrentarse, al mismo tiempo, a viejos y nuevos intereses internos y a los representantes del neoimperialismo que lejos de aceptar una merma de los mismos presionaban para acrecentarlos.

¿Cuál fue la filosofía de este nacionalismo? Los fuertes imperios occidentales, incluyendo los Estados Unidos, han fincado su prosperidad y grandeza expoliando territorios y pueblos considerados como simples instrumentos de esta prosperidad. Asia, Africa y Latinoamérica, han pagado la grandeza y prosperidad de estas poderosas naciones. Fuentes de riqueza que están ya cerradas para otras ambiciones. Reajustar este reparto ha sido, precisamente, la preocupación de los Estados Unidos al iniciarse el siglo XX y con él su expansión imperialista. Ninguna otra nación podrá hacer lo que esas potencias han hecho para lograr lo que llaman el progreso. Menos aún los pueblos latinoamericanos que son parte del viejo y del nuevo reparto, considerados ya como coto privado de la potencia que en el norte va desarrollándose. Ningún otro pueblo hará por los latinoamericanos lo que otros pueblos, incluyendo los propios latinoamericanos, han hecho por la grandeza y prosperidad de los imperios de la Europa Occidental y los Estados Unidos. Nada que los latinoamericanos hagan por sí mismos, les será hecho por otros. La gran meta, la industrialización de Latinoamérica, tendrá que depender de la capacidad de los mismos venciendo, inclusive, la resistencia que encontrará la posibilidad de su realización entre las potencias que le sirven de modelo. Toda industrialización necesita, obviamente, mercados. Y éstos han sido ya absorbidos por la industria occidental en todo el mundo. Entre los mismos occidentales se han desatado luchas para arrebatarse tales mercados. No habrá para Latinoamérica otro mercado para su posible industrialización que el que le puedan ofrecer sus propios pueblos. De la capacidad que demanda de sus pueblos dependerá la capacidad de industrialización de esta América.

Pero pueblos con una mayoría de su población empobrecida, miserable, no podrán ser jamás mercado alguno para la industrialización latinoamericana. Sobre la miseria propia será imposible levantar prosperidad alguna. Por ello habían fracasado las oligarquías que surgieron en Latinoamérica en el siglo XIX enarborlando

Obras de José Clemente Orozco

falsas banderas de un progreso imposible. El progreso, como todo progreso, debe ser pagado por alguien. Pero este alguien no está ya allende las fronteras de Latinoamérica. ¿Deberá ser pagado por la mayoría de un pueblo sin los recursos mínimos de subsistencia? Por supuesto que este fue el error que frenó la marcha del progreso en Latinoamérica y originó nuevas dependencias externas.

¿Cuál es entonces la via? De la via, contestan las élites y grupos sociales más alertas del progreso latinoamericano, depende un equitativo reparto de sacrificios, pero también de beneficios. Los unos y los otros, los sacrificios y los beneficios, deberán ser equitativamente compartidos por todos los grupos sociales que forman el conjunto de naciones latinoamericanas. Hacia esas metas se orientarán los esfuerzos de las clases medias latinoamericanas empeñadas en un progreso nacional que redunde en su propio progreso y prosperidad. Será este el programa de la Constitución Mexicana de 1917, como expresión normativa de la revolución iniciada en 1910 contra una oligarquía que había pretendido hacer descansar su prosperidad en el sacrificio de las grandes masas sociales mexicanas. Hacia esas metas tienden otros movimientos en la casi totalidad de los países latinoamericanos, aunque con menos violencia que el mexicano. Entre estas reformas se encuentra una mayor participación de las grandes masas latinoamericanas en la vida política y económica de sus naciones.

Pero en forma central, se buscará romper el espinazo de la explotación que en Latinoamérica ha impedido e impide la transformación social y económica de sus grandes masas: la explotación de la tierra y del hombre que la trabaja. Se considera que sólo transformando la tenencia de la tierra y su explotación se podrá formar el elemento social sobre el cual ha de poder descansar la transformación económica de las naciones latinoamericanas. Se proponen reformas audaces o tímidas que buscan poner fin a corto o largo plazo, a la permanencia de ejidos y latifundios. Feudos y latifundios cuya permanencia ha impedido la decantada marcha hacia el progreso de que hablaban las oligarquías latinoamericanas dueñas del poder al término del siglo XIX, en la casi totalidad de estos países. Se considera que la reforma agraria será la que rompa el viejo orden colonial creando el horizonte de posibilidades de la sociedad liberal industrializada en que venían soñando los reformistas latinoamericanos desde los mismos inicios de la independencia política de sus pueblos.

Las clases medias que se han propuesto la transformación social y económica de sus respectivos pueblos, tienen conciencia de que sólo elevando el nivel de vida de la mayoría, (una mayoría todavía en etapa rural), podrá ser lograda la anhelada industrialización y la incorporación de las naciones al auténtico camino del progreso, ya trillado por las naciones occidentales. Elevando el nivel social y económico de las grandes masas y dando estímulo necesario a la iniciativa individual, los grupos sociales que quieren la transformación de Latinoamérica buscan el obligado equilibrio de intereses que ha de normar la futura sociedad latinoamericana. El Estado mismo deberá dejar de ser gendarme encargado de los limitados intereses de las oligarquías y supuestos inversionistas extranjeros, para transformarse en el fiel de una balanza en que han de ser equilibrados los encontrados intereses de diversos grupos que forman la nación, incluyendo los intereses de origen extranjero que, por el mismo hecho de participar en la comunidad de donde tratan de alcanzar ganancias y privilegios, adquieren no sólo éstos, sino también grandes responsabilidades. En esta forma, legislando y gobernando para los individuos y las clases sociales, la iniciativa privada y la iniciativa social de su comunidad, los grupos medios hasta ayer desplazados e informes, preparan su ascenso en una sociedad que, si bien tratan de que llegue a semejarse a los grandes modelos occidentales, tiene sus propias características que se perfilan en las formas políticas y legislativas que van surgiendo, en la organización de los partidos políticos y en la forma de orientar la economía nacional. Occidentalizarse significa pasar de un tipo de sociedad rural, campesina, heredada de la Colonia, a una sociedad industrial que reivindique para sus pueblos riquezas que están siendo explotadas por intereses que le son extraños.

¿Lograrán esta transformación? ¿Tendrán más éxito que el liberalismo de mediados de siglo que hablaba en nombre del progreso positivista de transformaciones semejantes? El éxito de este proyecto no depende ahora sólo de su capacidad para vencer la oposición interna, la oposición de viejos privilegios, sino también, y en el más alto grado, de la que encontrarán en las naciones cuyas huellas tratan de seguir. De la oposición del mundo occidental a esta necesaria transformación. Y dentro de este mundo, de la dura oposición de la nación que comienza a tomar la dirección de este mundo e iniciar su expansión sobre Latinoamérica y el resto del mundo no occidental: los Estados Unidos de Norteamérica.

El nacionalismo latinoamericano, como el que surgirá posteriormente en otras regiones del mundo no occidental, será la respuesta al nacionalismo occidental transformado en imperialismo. Ya que éste, al desarrollarse, hace de sus derechos e intereses una simple prolongación de su nación a las que han de quedar subordinados los derechos e intereses de otras naciones. El nacionalismo latinoamericano responde a esta pretensión, exigiendo para sus naciones los mismos derechos que el nacionalismo imperialista exige para sí. Por ello, lejos de ser el nacionalismo latinoamericano un instrumento de oposición a la cultura, civilización o sistema originados dentro del llamado mundo occidental, lo que pretende es la universalización de los valores de esta cultura. Es un reclamo que exige la participación de todos los pueblos en una tarea que trasciende los intereses y derechos creadores de esta o aquella cultura, de esta o aquella nación. La resistencia, cuando se

presentó, no fue contra el espíritu y valores de la llamada cultura occidental, sino contra la resistencia con que tropiezan los pueblos no occidentales para hacer suyos esos valores. Esto es, contra los intereses que se oponen a la universalización de unos determinados valores, considerando que tal universalización limitaría los mismos. Nada pide el nacionalismo para sus pueblos que no hayan pedido para sí las naciones que hacen del nacionalismo un imperialismo.

En ello insistirán los líderes e ideólogos del nacionalismo latinoamericano. Al enfrentarse al imperialismo estadounidense no se enfrentan a lo que éste representa como sistema, sino a la negativa del mismo a incorporar a otros pueblos en otra forma que no sea la simplemente instrumental. No están contra el sistema capitalista y la sociedad de la cual es éste expresión, sino contra las limitaciones de sus creadores que niegan las posibilidades del mismo a otras naciones. Por ello uno de estos líderes, me refiero al general Lázaro Cárdenas, ante las acusaciones que a su régimen hacían en los Estados Unidos, (ser enemigo del sistema presentado por esta nación; tratar de imponer un sistema que sería su negación), responde: "El gobierno de México no ha colectivizado los medios o los instrumentos de producción, ni ha acaparado el comercio exterior convirtiendo al Estado en dueño de las fábricas, las casas, las tierras y los almacenes de aprovisionamiento". "No hay pues, en México un gobierno comunista; nuestra Constitución es democrática y liberal, con algunos rasgos moderados de socialismo... que no son, ni con mucho, más radicales que los de otros países democráticos y aun de algunos que conservan instituciones monárquicas". El que un país como México eleve sus niveles de vida, anule la miseria, lejos de perjudicar a una nación como los Estados Unidos permitirá, por el contrario, el afianzamiento y desarrollo del sistema que éstos representan. "Es perjudicial –agrega Cárdenas– para los Estados Unidos, que sus vecinos sean débiles y pobres. Sería más ventajoso para ellos ayudarlos a elevar su norma de vida al nivel de lo que en los Estados Unidos se considera decente. Para atender a esta meta, México tendrá que ser industrializado. No puede llegarse muy lejos fomentando las artes menores... Angustiosamente necesitamos de maquinaria para abrir fábricas y los Estados Unidos podían ayudarnos en esta forma".

Este régimen nacionalista no está contra la permanencia y crecimiento del sistema representado por los Estados Unidos, insiste el líder mexicano, sino contra actitudes que niegan sus posibilidades a pueblos como el de México. Una vez realizada la expropiación petrolera, el general Cárdenas dice ante el Congreso de la Unión: "Esperemos que si el capital extranjero busca en el futuro hacer inversiones en México, éste venga con una actitud diferente; que no busque la explotación del pueblo mexicano, sino el desenvolvimiento de los recursos del país con la cooperación del trabajador mexicano: que no intente actuar en contra de nuestras leyes; esperamos al capital que aumente el nivel de vida del pueblo mexicano, dándole oportunidad de comprar los productos de industria norteamericana y poder convertirse en buenos consumidores y buenos vecinos". Esto es, la misma industria estadounidense se beneficiará si al sur de sus fronteras, en el mismo continente, se encuentra con vecinos capaces de consumir sus productos por haber alcanzado un mejor nivel de posibilidades de vida. De la miseria no puede extraerse riqueza. Lo que el nacionalismo latinoamericano sostiene en lo interno, lo sostendrá también en lo externo, en sus relaciones con el propio líder del capitalismo mundial.

También se opone Cárdenas al inversionismo extranjero que extiende los derechos de su nacionalidad de origen, poniéndolos sobre los derechos de la nación en la cual invierte y de la cual espera y obtiene beneficios, esto es, se opone al nacionalismo transformado en imperialismo. "El individuo –dice Cárdenas– que se desprende de su país para encontrar en otro lo que le hace falta en el suyo, tiene el deber imprescindible de aceptar todas las circunstancias propicias o adversas del ambiente que le acoge, y por concepto compensativo, ha de gozar también de todas las prerrogativas del ciudadano útil y respetable". Algo contrario a la teoría internacional sostenida por el imperialismo occidental que extiende los derechos y privilegios de sus nacionales sobre los derechos de los nacionales de los países que son objeto de una inversión expoliatoria. Cárdenas se opone así a la "teoría internacional que sostiene la persistencia de la nacionalidad a través de los ciudadanos que emigran para buscar mejoramiento de vida y prosperidad económica en tierras distintas de las propias –dice el líder mexicano–... una de las injusticias fundamentales que tienen por origen la teoría del clan o sea la proclamación de la continuidad de la tribu y más tarde el de la nacionalidad a través de fronteras, del espacio y del tiempo; engendrándose de este error una serie de antecedentes todos ellos funestos para la independencia y soberanía de los pueblos".

Víctor Raúl Haya de la Torre, nacionalista peruano, fundador del APRA, habla abiertamente de la incorporación de la América Latina al sistema capitalista, como una socia del mismo, ya no más como campo de explotación. Indoamérica, sostiene, no ha sido hasta ahora sino instrumento del desarrollo del capitalismo estadounidense, sin recibir nunca los beneficios del mismo. Hasta ahora "las industrias que establece el imperialismo en las zonas nuevas no son casi nunca manufactureras sino extractivas de materias primas o medio elaboradas, subsidiarias y subalternas de la gran industria de los países más desarrollados". La primera etapa del capitalismo en los pueblos imperializados no construye máquinas, ni siquiera forja el acero o fabrica instrumentos menores de producción". Por ello, agrega, "En Indoamérica no hemos tenido tiempo de crear una burguesía autónoma y poderosa, suficientemente fuerte para desplazar a las clases latifundistas... a las criollas burguesías

incipientes, que son como las raíces adventicias de nuestras clases latifundistas, se les injerta desde su origen el imperialismo dominándolas".

Cambiar esta situación es el programa del nacionalismo revolucionario latinoamericano. Cambiarla en el sentido de hacer partícipes del sistema y ventajas del capitalismo a pueblos como los latinoamericanos, que sólo tienen en el sistema el papel de instrumentos. ¿Cómo? Haciendo de esta inevitable situación que ha tocado a la América Latina, el punto de partida de un desarrollo que le permita ser socio libre del sistema. A esta situación de servidumbre lo llama Haya de la Torre, *Primera Etapa del Capitalismo,* punto de partida para una Segunda Etapa que ha de ser la participación activa de los países latinoamericanos en el sistema capitalista como un miembro más del mismo; participando, no sólo en los sacrificios, sino también en los beneficios que se derivan de los mismos. La presencia del capitalismo en Latinoamérica, pese al carácter explotador del mismo, al cambiar el sistema de explotación poniendo fin a la explotación propia del feudalismo creado por la Colonia. "El tipo de imperialismo moderno –dice el líder peruano– especialmente del imperialismo norteamericano, sólo ofrece ventajas y progreso... produce en nuestros pueblos un movimiento ascendente en las masas trabajadoras que pasan de la semiesclavitud y servidumbre o de las formas elementales de trabajo libre, a su definición proletaria". El imperialismo como fenómeno económico, "como primera etapa del capitalismo en Indoamérica es tan peligroso como necesario". Es el primer paso del colonialismo feudal al industrialismo propio del capitalismo, y los Estados Unidos, agrega, necesitan invertir en Latinoamérica también como Latinoamérica necesita de la inversión estadounidense. En la medida en que Latinoamérica se desarrolle y forme parte más activa dentro del sistema se verán también beneficiados. Por ello hablando de la presencia activa de Latinoamérica en una nueva fase del capitalismo, dice "... si el gobierno de los Estados Unidos nos ayuda a unirnos y aparece nuestro continente convertido en una gran nación de más de cien millones de habitantes, inmensamente rica y afirmada por una raza común... seremos un digno aliado del gran vecino del Norte". Es menester, agrega, un gran movimiento de opinión "para que nosotros comprendamos la urgencia de la unión y ellos (los Estados Unidos) entiendan la importancia y conveniencia de que nos ayuden en esta empresa que es el único camino constructivo, y sin recelos para estructurar una sólida defensa continental".

El nacionalismo se opone al capitalismo, si trata de desplazarlo o cambiarlo por otro sistema. Todo lo contrario, es la expresión que toma la demanda de los pueblos latinoamericanos para participar en dicho sistema, de otra forma que no sea la instrumental. Tratan de ser parte activa del sistema, siguiendo inclusive la suerte del mismo. El nacionalismo, en lo interno, sólo aspira a unificar las fuerzas vivas que constituyen la nación para formar una entidad con la fuerza y capacidad suficientes para incorporarse en el sistema que les sirve de modelo como parte viva del mismo, tal es lo que reclama, entre otros, Getulio Vargas del Brasil. El estado nacionalista tiene la función de organizar las entidades nacionales que han de actuar en el sistema capitalista como pares entre pares. El Estado, dentro del sistema preconizado por el nacionalismo latinoamericano, tiene como misión, dice Vargas, "controlar las fuerzas económicas, corregir desigualdades de clase e impedir... la contaminación del organismo político de las infiltraciones ideológicas que preconizan el odio y fomentan el desorden". "El Estado no quiere, no reconoce la lucha de clases. Las leyes laborales son leyes de armonía social". "Sólo los bancos centrales –agrega– expandiendo o contrayendo el volumen de la moneda y el crédito, pueden atender a un tiempo el orden de las exploraciones o inversiones económicas y las fluctuaciones de los cambios internacionales". Esto es, control económico nacional que haga de la inversión extranjera instrumento del desarrollo nacional, sin que por ello tal inversión deje de beneficiarse. Pero beneficiándose en función con un beneficio más amplio ha de ser alcanzado por las naciones que lo hacen posible. "Con las inmensas reservas territoriales de que disponemos –agrega Vargas– será posible formar un gran mercado unitario, de capacidad bastante para absorver la producción de las zonas industrializadas y desarrollar la industrialización de la zona de reciente ocupación". "El Brasil solemnemente se integrará en un estado nuevo cuando éste sea el reflejo de la Nación organizada". Para ello deberán estar reunidos "en una misma asamblea, a plutócratas y proletarios, patrones y sindicalis-

tas, todos los representantes de clases corporadas, integradas en el organismo político del Estado". Sólo la unidad impedirá que el Brasil siga siendo campo de explotación de intereses extraños. "Somos –agrega– un país rico en materias inexploradas... y al mismo tiempo, un gran mercado consumidor. En estas condiciones, la política económica brasileña deberá orientarse en el sentido de defender la posesión y explotación de nuestras fuentes permanentes de energía y riqueza". Nacionalizar y socializar estas riquezas deberá ser el instrumento para hacer del Brasil una nación del sistema capitalista".

Más al sur, el justicialismo de Juan Domingo Perón sostiene tesis semejantes al decir, "Nosotros seguimos la corriente capitalista, pero estamos procurando ir aliviando la explotación; dejándola que gane, que cree riqueza, pero no dejando que explote al hombre; la explotación ha de hacerse sobre la tierra y la máquina, pero jamás sobre el hombre". Perón sostiene igualmente la tesis nacionalista del equilibrio de los intereses de los grupos sociales que forman una nación. La reforma económica del Justicialismo, –dice– tiende a "mantener dentro del país la riqueza del mismo; repartir esa riqueza equitativamente, sin que hubiera hombres que de esa riqueza sacaran tan poco beneficio que fueran extraordinariamente pobres". "Queremos establecer un sistema que paulatinamente vaya completando la reforma social, de manera que los beneficios sean equitativamente distribuidos, es decir, en razón directa al esfuerzo y al sacrificio que cada uno de los argentinos realiza". Dicha política, insiste, no pretende atacar al sistema capitalista, todo lo contrario, tiende a fortalecerlo, a fortalecer a los grupos sociales de cuya capacidad de demanda depende el mismo. "No apoyamos al trabajo contra el capital sano –dice Perón– ni a los monopolios contra la clase trabajadora, sino que propiciamos soluciones que beneficien por igual a los trabajadores, al comercio y a la industria, porque nos interesa únicamente el bien de la patria".

Tales son, más o menos, los principios que rigen al nacionalismo latinoamericano, que surge como respuesta a la expansión del neoimperialismo representado por los Estados Unidos. Sostenido y dirigido por grupos medios, clase media, de la América Latina, buscan desplazar a las oligarquías que surgieron del liberalismo sostenido en el pasado siglo XIX. Estos grupos han dado origen a los que han venido llamando burguesías nacionales latinoamericanas. Burguesías que no intentan cambiar el sistema capitalista sino ser parte de él. Los programas sociales de estas burguesías están encaminados a fortalecer económicamente a una mayoría nacional de las que depende su desarrollo, y, por ende, de su capacidad para ser parte del sistema capitalista en forma que no sea ya instrumental. Se propone la elevación de niveles de vida de estos grupos sociales, para hacer de ellos los naturales consumidores de la industria nacional. Sin estos consumidores, saben, la industrialización no pasará de un buen propósito. Estas mismas burguesías, desde el poder, tendrán especial cuidado en que las metas propuestas no sean entorpecidas por reclamos que anulen su posibilidad. Las revoluciones nacionalistas llegarán hasta el punto exacto en que no sea desviada la preocupación central de sus impulsores, esto es, ser parte activa del sistema capitalista; ser socio del mismo, aunque sea un pequeño socio.

En México, la etapa revolucionaria representada por el cardenismo hace posible el alemanismo, esto es, la puesta en marcha de la industrialización mexicana una vez que las reformas cardenistas y el acto nacionalsita de reivindicación petrolera permiten la creación de un mercado para los productos de la naciente industria nacional. Vargas y Perón son desplazados en cuanto la política por ellos sostenida puede convertirse en amenaza para el sistema al que busca pertenecer la burguesía nacional, haciendo que el control nacional pase el ejército que aplastará todo intento que pretenda romper el supuesto equilibrio de intereses de una sociedad bajo la dirección de estas burguesías. Ni estas burguesías, ni los Estados Unidos como líderes del sistema capitalista, permitirán experiencias sociales que amenacen el supuesto equilibrio en que dice apoyarse tal sistema. Por ello es aplastada la experiencia guatemalteca en 1954, la dominicana en 1965; y obligándose a la revolución nacionalista de Cuba a transformarse en revolución socialista, dentro de un sistema ya planetario de fuerzas.

En los propósitos de las burguesías nacionales de Latinoamérica no está, como meta principal, una reforma social que vaya más allá de sus propios intereses y desarrollo. Los intereses de las grandes masas latinoamericanas sólo serán considerados en la medida en que los mismos puedan fortalecer la posibilidad de realización de las metas que se han propuesto las burguesías latinoamericanas. Burguesías antiimperialistas, pero sólo en relación con los impedimentos con que estas tropiezan al tratar de incorporarse al sistema de que es expresión el imperialismo. Al ser abiertas las posibilidades de participación, por mínimas que éstas sean, el antiimperialismo se transforma en colaboraciones. Paradójicamente, el grupo social que se enfrentará en las primeras décadas de este siglo a las oligarquías (fruto de la experiencia liberal del siglo XIX), lo va transformando en nuevas oligarquías, en grupos de intereses que sólo buscan incorporarse al sistema capitalista, cerrando al mismo tiempo la posibilidad de una apertura mayor por otros grupos que, como aquéllos en que se nutrieron las burguesías nacionales, exigen ser tomados en cuenta. Las metas nacionalistas se han hecho anacrónicas, cuando las burguesías nacionales ligan su suerte al sistema capitalista como socio menor del mismo. Estas oligarquías acaban conformándose con un papel secundario dentro de tal sistema. Más que capitalistas, esto es, hombres de empresa, lo que surgen son banqueros o agentes de negocios de los hombres de empresa e industriales, del capitalismo occidental. Lo que a

estas oligarquías interesa no es tanto la producción nacional como el provecho circunstancial. Se van semejando a los grupos sociales que en diversas sociedades latinoamericanas hicieron de abogados y amanuenses de los explotadores e importadores de materias primas. Es un grupo social que, lejos de pugnar por una plena industrialización latinoamericana en beneficio de sus nacionales, acepta la creación de industrias subordinadas a los intereses de la sociedad capitalista que en su desarrollo necesita ya de la creación de este tipo de industrias no básicas en diversas zonas del mundo. Zonas que ya no pueden ser simples proveedoras de materias primas. Es a partir de esta nueva actitud que surgen nuevas expresiones de una oligarquía que, abandonando una vez más el papel de agente de capitalismo nacional, ligan su suerte, como sus antecesores, al próspero capitalismo occidental. Recientes análisis sociales y económicos critican con rudeza la desviación que van siguiendo grupos nacionales latinoamericanos que parecían destinados a jefaturar la marcha de comunidades en vías de desarrollo hacia niveles de mayor prosperidad que podrían semejarse a los alcanzados por las sociedades capitalistas. Burguesías nacionales que han abandonado, o van abandonando, como sus antecesores en el siglo XIX, la preocupación por el desarrollo de sus naciones, para aceptar una vez más un papel de subordinación dentro del ámbito creado por el capitalismo occidental. O en otras palabras, el abandono de la posibilidad de crear en países subdesarrollados, o en vías de desarrollo, sociedades al nivel de las originadas por el capitalismo.

Y es frente a lo que se considera el fracaso por incapacidad de las clases medias no capitalistas para incorporarse con plenitud beneficiosa a este sistema, lo que implicaría un alza del nivel económico social de grupos mayoritarios hasta ahora marginados, que se va perfilando como salida propia de estos mismos grupos, el socialismo. Una salida frente a la inutilidad de los supuestos intentos realizados para el no alcanzado equilibrio entre la iniciativa privada y los intereses de las grandes masas. Sólo ha quedado de la propuesta, pura y simplemente, que tienda al auténtico desarrollo de los intereses de estas masas. Son varios los estudios que plantean muchos de estos problemas y los analizan a la luz de los problemas de esta misma sociedad, vista dentro de un ámbito de posibilidades e impedimentos más amplios. De una comunidad que trasciende ya el hasta ahora ámbito nacional. Dentro de un mundo en que se plantean problemas que deben ser resueltos a nivel planetario. El nivel planetario a que ha dado origen la expansión del capitalismo sobre la totalidad del mundo. Expansión que ahora representa el imperialismo del que son líderes los Estados Unidos.

¿Resulta anacrónico el nacionalismo? La revolución cubana ha sido la primera en plantear los problemas que enfrenta su pueblo como un problema que ha de ser resuelto a nivel mundial. La lucha a que se ha visto sometida esta nación, no viene a ser sino expresión de una lucha más amplia que trasciende los límites de la nación cubana. La lucha contra un sistema internacional que se niega a considerar los intereses de las grandes masas que han hecho posible su desarrollo. Una lucha que por lo mismo ha de ser orientada, también, a nivel internacional. No otro sentido tiene la tesis del Che Guevara sobre "uno, dos, tres, varios Vietnam" en diversos lugares del mundo. La tesis de la Tricontinental por la que se pretenden unir los esfuerzos de los llamados pueblos del Tercer Mundo para enfrentarse al mismo sistema presente en todas las zonas del mundo y es en este sentido que van planteando los movimientos revolucionarios en Latinoamérica de los últimos años.

Sin embargo, este mismo enfoque está originando un reajuste en la misma concepción nacionalista. La meta a alcanzar, se acepta ya, es la misma: cambio de estructuras, transformación de un sistema que no ha dado solución a los problemas de los grandes grupos que forman las sociedades latinoamericanas y del resto del mundo. La forma de alcanzar esta solución puede, sin embargo, ser distinta. El triunfo de Allende en Chile es un buen ejemplo. Como lo es también la transformación social que viene realizando el Perú bajo el control de militares que no quieren ser ya más instrumento de las oligarquías latinoamericanas. Fidel Castro, el líder cubano, ha reconocido la posibilidad de diversas soluciones para los problemas sociales de la América Latina. Soluciones que no necesariamente han de desembocar en esta o aquella forma concreta de socialismo. Los militares peruanos, por ejemplo, insisten en un nacionalismo en el que, una vez más, los intereses de los grandes grupos sociales pueden ser realmente resueltos. Allende, por su lado, nos habla del establecimiento de una sociedad más justa. Una sociedad en que puedan ser considerados los diversos intereses que la forman sin lesionar unos en beneficios de otros. La misma presión social a que se ven sometidos diversos regímenes latinoamericanos, está conduciendo a un ineludible reajuste de estos intereses. En el México actual se habla ya de revitalizar una revolución que fue contenida después de la experiencia cardenista. Es cierto que todavía es violenta la posibilidad de reformas sociales, como se ha hecho en Bolivia; pero en otros lugares, por el contrario, se hace ya una revisión del sistema buscando cambios que eviten la violencia revolucionaria. ¿Y los Estados Unidos? La política actual parece más interesada en buscar socios, pequeños socios, al servicio del sistema, que en estimular reformas sociales a las que se teme. Inclusive, soluciones como las que se pretendieron a través de la Alianza para el Progreso, son abandonadas. El imperio habla abiertamente de no tener otros intereses que el mantener y ampliar los logros alcanzados. Un imperio ya enfrentado a una serie de intereses, los propios de los pueblos que forman parte de su hegemonía, que buscan diversas formas de satisfacción de sus urgentes necesidades. En este sentido, el nacionalismo no es todavía una ideología anacrónica.